

HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO, EN LA SOLEMNIDAD DE SAN AGUSTÍN
(Apertura del Capítulo General'13, Roma 28-08-2013)

“Nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no repose en Ti” (*Confession*, I,1,1). Con estas palabras que se han hecho célebres, San Agustín se dirige a Dios en sus Confesiones, y en estas palabras está la síntesis de toda su vida.

“Inquietud”. Esta palabra me conmueve y me hace reflexionar. Quisiera comenzar por una pregunta: ¿qué inquietud fundamental vive Agustín en su vida? O quizás tendría mejor que decir: ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida esta gran hombre y santo? Propongo tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor.

1. La primera: La inquietud de la búsqueda espiritual. Agustín vive una experiencia bastante común hoy en día entre los jóvenes de hoy. Ha sido educado por su madre Mónica en la fe cristiana aunque si no recibe el Bautismo, pero creciendo se aleja, no encuentra en ella la respuesta a sus preguntas, a los deseos de su corazón, y es atraído por otras propuestas. Entra en el grupo de los maniqueos, se dedica con empeño a sus estudios, no renuncia a la diversión despreocupada, a los espectáculos de la época, amistades intensas, conoce el amor intenso y emprende una brillante carrera de maestro de retórica que lo lleva hasta la corte imperial de Milán. Agustín es un “hombre de éxito”, lo tiene todo, pero en su corazón permanece la inquietud de la búsqueda del sentido profundo de la vida; su corazón no está dormido, diría que no ha quedado anestesiado por el éxito, por las cosas, por el poder. Agustín no se cierra en sí mismo, no se recuesta, sigue buscando la verdad, el sentido de la vida, sigue buscando el rostro de Dios. Es verdad que comete errores, que toma senderos equivocados, peca, es un pecador; pero no pierde la inquietud de la búsqueda espiritual. Y de esta forma descubre que Dios lo esperaba, más aún, que nunca había dejado de buscarle primero. Quisiera decir a quien se siente indiferente hacia Dios, hacia la fe, a quien está lejano de Dios o lo ha abandonado, también a nosotros, con nuestros “alejamientos” y nuestros “abandonos” de Dios, quizás pequeños, pero ¡hay tantos en la vida cotidiana!: mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo y pregúntate: ¿hay un corazón que desea cosas grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o la has dejado sofocar por las cosas, que terminan por atrofiarlo? Dios te espera, te busca; ¿qué respondes? ¿Te has dado cuenta de esta situación en tu alma? ¿o acaso duermes? ¿Crees que Dios te espera o para ti esta verdad tan sólo son “palabras”?

2. En Agustín es precisamente esta inquietud del corazón la que lo lleva al encuentro personal con Cristo, lo lleva a comprender que ese Dios que buscaba lejano de sí es el Dios cercano a cada ser humano, el Dios cercano a nuestro corazón, más íntimo a nosotros que nosotros mismos (Conf III, 6,11)- Pero ni siquiera en el descubrimiento y el encuentro con Dios se detiene Agustín, no se recuesta, no se cierra en sí mismo como quien ya ha llegado, sino que continúa el camino. La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios se vuelve inquietud por conocerlo siempre más y por salir de sí mismo para hacerlo conocer a los demás. Es precisamente la inquietud del amor. Querría una vida tranquila, de estudio y de oración, pero Dios lo llama a ser Pastor, a Hipona, en un momento difícil, con una comunidad dividida y la guerra a las puertas. Y Agustín se deja inquietar por Dios, no se cansa de anunciarlo, de evangelizar con coraje, sin temor, busca ser imagen del Jesús Buen Pastor que conoce sus ovejas (Jn 10,14), es más, como me gusta repetir, que “siente el olor de su rebaño”, y sale a buscar a las perdidas. Agustín vive lo que San Pablo indica a Timoteo y a cada uno de nosotros: Anuncia la palabra, insiste en el momento oportuno e inoportuno, anuncia el Evangelio con corazón magnánimo, grande (cfr. 2Tim 4,2) de un Pastor que está inquieto por sus ovejas. El tesoro de Agustín es precisamente esta actitud: salir siempre hacia Dios, salir siempre hacia el rebaño.... Es un hombre en tensión entre estas dos salidas; ¡no privatizar el amor... siempre en camino! Siempre en camino, decía usted, Padre. ¡Siempre inquieto! y esta es la paz de la inquietud. Podemos preguntarnos: ¿Estoy inquieto por Dios, por anunciarlo, por darlo a conocer? ¿O me dejo fascinar de esa mundanidad espiritual que impulsa a hacerlo todo por amor de uno mismo? Nosotros, consagrados, pensamos a los intereses personales, a la funcionalidad de la obra, a la carrera...podemos pensar tantas cosas... ¿Me he por decirlo de alguna manera “acomodado” en mi vida cristiana, en mi vida sacerdotal, en mi vida religiosa, incluso quizás en mi vida de comunidad, o conservo la fuerza de la inquietud por Dios, por su Palabra, que me lleva a “ir fuera”, a los otros?

3. Y llegamos a la última inquietud, la inquietud del amor. Aquí no puedo no fijarme en la madre, ¡esta Mónica! ¡Cuántas lágrimas ha derramado esta santa mujer por la conversión del hijo! ¡Y cuántas madres también hoy derraman lágrimas porque sus propios hijos regresen a Cristo! ¡No perdáis la esperanza en la gracia de Dios! En las *Confesiones* leemos esta frase que un obispo dijo a Santa Mónica, que le pedía que ayudara a su hijo a encontrar de nuevo el camino de la fe: “No es posible que un hijo de tantas lágrimas perezca” (III,12,21). El mismo Agustín, tras la conversión, dirigiéndose a Dios, escribe: “por amor mío lloraba ante Ti mi madre toda fiel, derramando más lágrimas de cuantas derraman las madres a la muerte física de los hijos (Conf. III, 11, 19). Mujer inquieta, esta mujer que, al final, dice esa bella expresión: *cumulatius hoc mihi Deus praestiti* [mi Dios me ha ampliamente satisfecho] (Conf. IX, 10,26). Aquello por lo que lloraba Dios se lo había dado abundantemente. Y Agustín es heredero de Mónica, de él recibe la semilla de la inquietud. He aquí, pues, la inquietud del amor: buscar siempre, sin descanso, el bien del otro, de la persona amada, con esa intensidad que lleva a las lágrimas. Me viene en mente Jesús que llora delante del sepulcro del amigo Lázaro, Pedro que, tras haber negado a Jesús encuentra la mira rica de misericordia y de amor y llora amargamente, el Padre que espera desde la azotea el regreso del hijo y cuando aún está lejos corre a su encuentro; me viene a la mente la Virgen María que con amor sigue al Hijo Jesús hasta la Cruz. ¿Cómo estamos con la inquietud del amor? ¿Creemos en el amor a Dios y a los otros? ¿O somos nominalistas en esto? ¡No de forma abstracta, no sólo las palabras, sino el hermano concreto que encontramos, el hermano que está junto a nosotros! ¿Nos dejamos inquietar por sus necesidades o permanecemos cerrados en nosotros mismos, en nuestras comunidades que muchas veces para nosotros es “comunidad-comodidad”? A veces se puede vivir en un edificio sin conocer quién vive al lado; o se puede estar en comunidad sin conocer verdaderamente al propio hermano: con dolor pienso en los consagrados que no son fecundos, que son “solterones”. La inquietud del amor empuja siempre a ir al encuentro del otro, sin esperar que sea el otro a manifestar su necesidad. La inquietud del amor nos regala el don de la fecundidad pastoral, y nosotros debemos preguntarnos, cada uno de nosotros: ¿cómo va mi fecundidad espiritual, mi fecundidad pastoral?

Pidamos al Señor por vosotros, queridos agustinos, que iniciáis el Capítulo General, y por todos nosotros, que conservemos en nuestro corazón la inquietud espiritual de buscarlo siempre, la inquietud de anunciarlo con coraje, la inquietud del amor hacia cada hermano y hermana. Que así sea.